> ***«Y se transfiguró delante de ellos; su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.»***
>
> ***(Mateo 17, 2)***

Introducción: un acontecimiento que cambió para siempre la mirada de los Apóstoles

Existen momentos en la historia de la salvación que constituyen auténticos pilares sobre los que descansa toda la fe cristiana. Uno de ellos es, sin duda, la **Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo**, un episodio tan lleno de misterio como de esperanza, tan luminoso como profundo.

Cada año, el **6 de agosto**, la Iglesia celebra esta solemnidad recordando aquel instante en el que Jesucristo permitió que tres de sus discípulos contemplaran, por unos momentos, el resplandor de su divinidad escondida bajo la humildad de su naturaleza humana.

La Transfiguración no fue simplemente un milagro espectacular destinado a impresionar a Pedro, Santiago y Juan. Fue una auténtica revelación del plan divino de la Redención. Fue un anticipo de la Resurrección. Fue una preparación para el escándalo de la Cruz. Fue también una enseñanza permanente para todos los cristianos de todas las épocas.

En un mundo obsesionado con la apariencia, el éxito inmediato y las emociones pasajeras, la Transfiguración nos recuerda que la verdadera gloria sólo llega después de la cruz.

Ese mensaje resulta hoy más necesario que nunca.

¿Qué significa «Transfiguración»?

La palabra procede del latín *transfiguratio*, que significa literalmente **cambio de figura** o **manifestación bajo una nueva apariencia**.

El término griego utilizado por los Evangelios es **μετεμορφώθη (metemorphōthē)**, de

donde procede nuestra palabra «metamorfosis».

Pero conviene comprender algo muy importante.

Cristo **no se convirtió en Dios durante la Transfiguración**, porque ya lo era desde toda la eternidad.

Lo que ocurrió fue exactamente lo contrario.

Durante unos instantes, Jesús permitió que la gloria divina, normalmente velada por su humanidad, brillara visiblemente.

La naturaleza humana de Cristo quedó inundada por la gloria de su divinidad.

No fue un cambio de naturaleza.

Fue una manifestación de quién era realmente.

El relato evangélico

La Transfiguración aparece narrada en tres Evangelios:

- Mateo 17, 1-9
- Marcos 9, 2-10
- Lucas 9, 28-36

Todos presentan el mismo núcleo histórico.

Jesús toma consigo únicamente a tres Apóstoles:

- Pedro
- Santiago
- Juan

No es casualidad.

Serán precisamente estos tres quienes más tarde contemplarán también la agonía del Señor

en Getsemaní.

Los mismos que verán su gloria contemplarán también su sufrimiento.

La vida cristiana nunca separa la cruz de la gloria.

El monte de la Transfiguración

Los Evangelios hablan únicamente de un «monte alto».

La tradición cristiana, desde hace siglos, identifica este lugar con el **Monte Tabor**, situado en Galilea.

Monte Tabor

Aunque algunos estudiosos han propuesto el monte Hermón, la tradición litúrgica, patrística y espiritual ha mantenido el Monte Tabor como el lugar de este acontecimiento.

Más allá de la cuestión geográfica, el monte tiene un profundo simbolismo bíblico.

Los montes son lugares privilegiados del encuentro con Dios.

En un monte Abraham ofreció a Isaac.

En un monte Moisés recibió la Ley.

En un monte Elías escuchó el susurro de Dios.

En un monte Cristo proclamó las Bienaventuranzas.

En un monte murió crucificado.

Y en un monte mostró su gloria.

La luz de Cristo

El Evangelio afirma:

> *«Su rostro brilló como el sol.»*

No se trata de una luz exterior.

No era un foco celestial.

No era un fenómeno atmosférico.

Era la propia gloria divina de Cristo manifestándose.

Los Padres de la Iglesia enseñan que aquella luz era la misma **Luz Increada**, la gloria eterna del Hijo de Dios.

La humanidad de Jesús se convirtió, por unos instantes, en un cristal transparente a través del cual los Apóstoles contemplaron la belleza divina.

Las vestiduras blancas

Los Evangelios insisten especialmente en este detalle.

Las vestiduras se volvieron más blancas que la nieve.

El blanco representa:

- la santidad;
- la pureza;
- la victoria;
- la gloria celestial;
- la resurrección.

No es casualidad que los ángeles aparezcan vestidos de blanco.

Tampoco que el Resucitado aparezca revestido de luz.

Todo apunta hacia la victoria definitiva sobre la muerte.

¿Por qué aparecen Moisés y Elías?

Éste es uno de los aspectos más ricos del relato.

Junto a Jesús aparecen dos personajes:

- Moisés.
- Elías.

No son elegidos al azar.

Moisés representa la Ley

Él recibió los Diez Mandamientos.

Es el gran legislador de Israel.

Toda la Antigua Alianza converge en Cristo.

Elías representa los Profetas

Fue el gran defensor del verdadero culto frente a la idolatría.

Toda la predicación profética encuentra su cumplimiento en Cristo.

Así queda expresada una verdad inmensa.

Cristo no viene a destruir el Antiguo Testamento.

Viene a darle cumplimiento.

Como Él mismo afirma:

> *«No he venido a abolir la Ley ni los Profetas, sino a darles cumplimiento.» (Mateo 5, 17)*

Toda la Escritura señala hacia Él.

La nube luminosa

En el Antiguo Testamento, la nube es símbolo de la presencia de Dios.

La nube acompañó al pueblo en el desierto.

Cubrió el Sinaí.

Llenó el Templo de Salomón.

Ahora vuelve a aparecer.

No como una nube cualquiera.

Es la manifestación visible de la gloria divina.

Dentro de ella resuena la voz del Padre.

La voz del Padre

Es uno de los momentos más solemnes de toda la Escritura.

> ***«Éste es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle.»***
>
> *(Mateo 17, 5)*

Es prácticamente la misma declaración pronunciada durante el Bautismo del Señor.

Pero ahora añade una orden:

Escuchadle.

Toda la vida cristiana puede resumirse en estas dos palabras.

Escuchar a Cristo.

No a nuestras emociones.

No a las modas.

No al espíritu del mundo.

Escuchar al Hijo.

Pedro quiere quedarse

Pedro, maravillado, exclama:

> *«Señor, ¡qué bien estamos aquí!»*

Es una reacción profundamente humana.

Cuando el alma experimenta la cercanía de Dios desea detener el tiempo.

Pero Cristo no permite quedarse.

Después de la montaña viene el valle.

Después de la contemplación viene la misión.

Después del consuelo llega el combate espiritual.

La vida cristiana alterna momentos de luz con momentos de oscuridad.

Ambos son necesarios.

¿Por qué ocurre la Transfiguración antes de la Pasión?

Ésta es quizá la clave principal.

Pocos días antes, Jesús había anunciado por primera vez su Pasión.

Los Apóstoles estaban desconcertados.

Esperaban un Mesías victorioso.

No comprendían la Cruz.

Entonces Cristo les concede contemplar anticipadamente la gloria futura.

Es como si les dijera:

«No os escandalicéis cuando me veáis clavado en la Cruz.

Recordad lo que habéis visto hoy.»

La Transfiguración fortalece la fe antes de la prueba.

Y sigue haciéndolo con nosotros.

La enseñanza de los Padres de la Iglesia

Los Santos Padres contemplaron este misterio con enorme profundidad.

San León Magno enseñaba que la Transfiguración tenía como finalidad fortalecer la fe de los Apóstoles para que la humillación de la Pasión no destruyera su confianza en Cristo.

San Juan Crisóstomo explicaba que Jesús mostró únicamente tanta gloria como los discípulos podían soportar.

Santo Tomás de Aquino afirma que la Transfiguración fue un anticipo de la gloria futura prometida a los justos, manifestando en Cristo aquello que un día, por gracia, participarán los miembros de su Cuerpo místico.

El significado teológico

Desde la teología católica tradicional, la Transfiguración posee múltiples dimensiones.

Revela la divinidad de Cristo

Jesús no es simplemente un maestro.

No es un profeta más.

Es el Hijo eterno de Dios.

Anticipa la Resurrección

La gloria del Tabor anuncia la gloria del Domingo de Pascua.

Anticipa la gloria del Cielo

Lo que contemplaron los Apóstoles es apenas un destello de la bienaventuranza eterna.

Fortalece en la prueba

Toda cruz vivida con Cristo conduce a la gloria.

Enseña el destino del hombre

La salvación no consiste únicamente en evitar el infierno.

Consiste en participar de la vida divina.

Como enseña San Pedro:

> *«…para que lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina.» (2 Pedro 1, 4)*

La Transfiguración y nuestra propia transformación

El misterio del Tabor no habla sólo de Cristo.

Habla también de nosotros.

Todo cristiano está llamado a ser transformado por la gracia.

No mediante técnicas humanas.

No mediante autoayuda.

Sino mediante:

- la oración;
- los sacramentos;
- la penitencia;
- la caridad;
- la vida de gracia;
- la obediencia a Dios.

La santidad consiste precisamente en dejar que Cristo transforme nuestra alma.

La fiesta de la Transfiguración en la liturgia

La Iglesia celebra la **Fiesta de la Transfiguración del Señor** el **6 de agosto**.

Aunque Oriente la celebraba desde siglos muy antiguos, en Occidente adquirió carácter universal en **1457**, cuando el papa Calixto III la extendió a toda la Iglesia latina como acción de gracias por la victoria cristiana en el sitio de Belgrado frente al Imperio otomano, noticia que llegó a Roma precisamente un 6 de agosto.

En la liturgia tradicional, esta fiesta posee un marcado carácter contemplativo. Los ornamentos son blancos, color de la gloria, la alegría y la pureza. La Misa y el Oficio invitan a fijar la mirada en Cristo glorioso para fortalecer la esperanza del creyente en medio de las luchas del mundo.

Además, la celebración tiene un profundo sentido escatológico: recuerda que la gloria contemplada en el Tabor será la herencia definitiva de quienes perseveren en la amistad con Dios.

La Transfiguración y el mundo moderno

Vivimos en una cultura fascinada por la apariencia.

Las redes sociales ofrecen imágenes cuidadosamente retocadas.

Se busca el éxito inmediato.

La fama.

La aceptación.

La belleza exterior.

Pero la Transfiguración enseña algo radicalmente distinto.

La verdadera belleza nace de la unión con Dios.

La verdadera luz no procede de los focos.

Procede de la santidad.

El hombre moderno quiere cambiar el cuerpo.

Cristo quiere transformar el alma.

¿Cómo vivir hoy el espíritu de la Transfiguración?

Cada cristiano puede hacer suyo este misterio mediante gestos concretos:

- Buscar diariamente un tiempo de oración silenciosa para «subir al monte» y escuchar al Señor.

- Participar con frecuencia y devoción en la Santa Misa, donde Cristo sigue manifestando sacramentalmente su presencia.
- Acudir al sacramento de la Penitencia, dejando que la gracia transforme el corazón.
- Leer y meditar la Sagrada Escritura, especialmente los Evangelios.
- Aceptar las cruces cotidianas con esperanza, recordando que el Tabor conduce al Calvario y el Calvario a la Resurrección.
- Practicar la caridad, haciendo visible la luz de Cristo en el trato con los demás.

La Transfiguración no invita a huir del mundo, sino a volver a él con el corazón renovado.

Conclusión: subir al Tabor para aprender a caminar hacia el Calvario

La Transfiguración no es un episodio aislado ni un simple recuerdo histórico. Es una ventana abierta al destino para el que Dios nos ha creado. En el monte Tabor, los Apóstoles contemplaron la gloria del Verbo encarnado y recibieron la fuerza necesaria para afrontar el escándalo de la Cruz. También nosotros necesitamos elevar la mirada para no perder la esperanza cuando llegan el sufrimiento, la incertidumbre o la prueba.

Cristo nos enseña que la cruz no es el final del camino, sino el umbral de la gloria. El mismo Señor que resplandeció como el sol en el Tabor es quien entregó su vida en el Calvario y resucitó victorioso al tercer día. Su luz no desapareció; simplemente quedó velada por amor para realizar nuestra redención.

Cada vez que oramos, recibimos los sacramentos y vivimos en gracia, comenzamos ya aquí una auténtica transfiguración interior. La santidad consiste precisamente en dejar que la luz de Cristo ilumine nuestros pensamientos, purifique nuestras acciones y transforme nuestro corazón hasta que, un día, podamos contemplarlo «cara a cara» (cf. 1 Corintios 13, 12).

Que la contemplación del Señor transfigurado renueve nuestra fe, fortalezca nuestra esperanza y encienda nuestra caridad, para que, escuchando siempre la voz del Padre —«Éste es mi Hijo amado… escuchadle»—, caminemos con firmeza hacia la gloria eterna que Él ha preparado para quienes le aman.